

y dijo que si habia doblado los puestos no era mas que por precaucion y seguridad de la plaza que se le habia confiado. Pero con solo ejecutar aquellas órdenes y permanecer neutral, favorecia lo bastante á los de Bergamo, por lo cual se reunieron estos al dia siguiente 12 de marzo, nombraron una municipalidad provisional, declararon libre é independiente la ciudad de Bergamo y echaron de ella al Podestá Ottolini, que se retiró con las tropas venezianas. Inmediatamente enviaron una representacion á Milan para obtener el apoyo de los Lombardos, y no podia menos de comunicarse el incendio rápidamente á Brescia y á todas las ciudades inmediatas. Se dieron prisa los habitantes de Bergamo apenas emancipados á enviar una diputacion á los de Brescia que se sublevaron al instante, como que estaba allí desempeñando el empleo de Podestá aquel Bataglia que habia dado tan prudentes consejos en las deliberaciones del senado. No creyó este poder resistir, y se retiró, quedando consumada la revolucion de aquella ciudad el dia 15 de marzo. Continuó propagándose el incendio por el pie de las montañas, y se comunicó á Salò, donde tambien se hizo la revolucion apenas llegaron los Bergamasquinos y los Brescianos, retirándose las autoridades venezianas, á vista y presencia de las guarniciones francesas que permanecian neutrales, pero

cuyo aspecto aunque silencioso daba grandes esperanzas á los rebeldes. Esta sublevacion del partido patriota en las ciudades no podia menos de decidir naturalmente al partido contrario que estaba en las montañas y en las campiñas, el cual hallándose anteriormente armado por Ottolini, recibió la señal de los capuchinos y demas frailes que vinieron á predicar en las aldeas, y se prepararon á venir á saquear las ciudades insurgentes, y si podian asesinar tambien á los Franceses. En tal caso ya no podian los generales de esta nacion permanecer en inaccion por mas que quisiesen ser neutrales; pues conocian demasiado bien las intenciones de los montañeses y aldeanos para sufrir que tomasen las armas; y sin querer dar ningun apoyo al partido, se veian precisados á intervenir y comprimir al que anunciase intenciones hostiles. Mandó inmediatamente Kilmaine al general Lahoz, comandante de la legion Lombarda, que marchase hácia las montañas y se opusiese á su armamento porque no queria ni debia poner obstáculo á las operaciones de las tropas regulares venezianas, si venian contra las ciudades insurgentes, en caso de que se preparasen á obrar contra las ciudades insurreccionadas, mas tampoco queria sufrir una sublevacion, cuyo resultado podia ser incalculable en caso de una derrota en Austria. Al momento despachó correos á Bonapar-

te, é hizo acelerar la marcha de la division de Victor, que volvía de los estados del papa.

El gobierno de Venezia como todos los gobiernos obcecados, que no quieren prevenir el peligro concediendo lo que es indispensable conceder, se asustó mucho de aquellos sucesos, cual si fuesen imprevistos; y al momento mandó marchar tropas que estaba reuniendo hacia mucho tiempo, y las encaminó hácia las ciudades de la orilla derecha del Mincio. Persuadido al mismo tiempo de que los Franceses eran los que influían secretamente, se dirigió al ministro de Francia Lallemand para saber si en aquel extremo peligro podia contar la república de Venezia con la amistad del directorio. La respuesta de este ministro fue sencilla y dictada por la situacion, declarando que no tenia instruccion alguna de su gobierno para semejante caso lo cual era muy cierto; pero añadió que si el gobierno veneziano queria hacer algunas modificaciones en su constitucion reclamadas por las necesidades de los tiempos, creía que la Francia las apoyaria con mucho gusto. No podia dar otra respuesta Lallemand, porque si la Francia habia ofrecido su alianza á Venezia contra las demas potencias nunca contra sus propios súbditos, ni podia ofrecérsela contra ellos sino con la condicion de que el gobierno adoptase principios prudentes y racionales. Deliberó el gran con-

sejo de Venezia sobre la respuesta de Lallemand y habia ya muchos siglos que no se hacia públicamente una proposicion de alterar la constitucion, de suerte que de 200 votos solo tuvo en su favor cinco. Hubo 50 que se declararon por que se tomára un partido enérgico, pero 180 se pronunciaron por una reforma lenta y sucesiva, que debia irse haciendo en tiempos mas sosegados, ó lo que es lo mismo buscar una evasiva; y así resolvieron enviar inmediatamente dos diputados á Bonaparte para sondear sus intenciones é invocar su apoyo. Eligieron para ella uno de los sabios de tierra firme J. B. Cornavo, y al famoso procurador Pezaro, á quien ya hemos visto varias veces en presencia del general. Alcanzaron á Bonaparte los correos de Kilmaine y los enviados venezianos en el momento en que sus atrevidas maniobras habian asegurado la linea de los Alpes y abierto los estados hereditarios, y se hallaba en Gorice ocupado en arreglar la capitulacion de Trieste. Supo con mucho sentimiento lo que ocurría á su espalda y no podia menos de ser así si se reflexiona cuanta osadia y peligro habia en su marcha sobre Viena, aun cuando no lo indicasen bastantemente sus cartas al directorio; discurriendo muy mal los que se empeñan en decir que en ellas no manifestaba su verdadero modo de pensar, porque jamas disimuló todas las astucias que puso en

práctica contra los gobiernos italianos. ¿Pero qué recurso le quedaba en semejantes circunstancias? Ciertamente no hubiera sido generoso en él tratar de comprimir por la fuerza al partido que proclamaba nuestros principios, que acariciaba y recibía muy bien á nuestros ejércitos, dando preferencia al otro que estaba dispuesto al menor revés á aniquilar nuestros principios y nuestros ejércitos; por lo cual resolvió aprovecharse de aquella circunstancia para conseguir de los enviados de Venezia las concesiones y auxilios que no había podido arrancarles. Recibió á los dos comisionados con mucha atención y les dió audiencia el día 25 de marzo diciéndoles: es del todo imposible que yo proceda contra mis amigos que nos han acogido bien y quieren defendernos, y mas aun el que me declare en favor de nuestros enemigos que nos detestan y se proponen degollarnos. Una política tan baja dista tanto de mi corazón como de mis intereses, y nunca prestaré mi auxilio contra los principios de la revolución francesa á quienes debo en parte los sucesos de mis armas. Pero vuelvo á ofrecer á ustedes otra vez mi amistad y mis consejos. Unanse francamente á la Francia y acérquense á sus principios haciendo modificaciones indispensables en vuestra constitucion, en cuyo caso yo respondo de todo, y sin usar de violencia porque esta es imposible de mi parte, estoy segu-

ro de obtener por mi influjo con el pueblo italiano, y con la seguridad de un régimen mas racional la vuelta del sosiego y de la paz, en la cual son ustedes tan interesados como yo.

Mas no convenia aquel lenguaje tan sincero como prudente á los enviados venezianos, y mucho menos á Pezaro, sino que deseaban que Bonaparte les restituyese las fortalezas que les había tomado por precaucion en Bergamo, Brescia y Verona; que tolerase el armamento del partido fanático contra el patriota, y permitiese que se formara detras de él una nueva Vendée. No era este el medio de entenderse con Bonaparte, cuyo carácter era demasiado vivo, y así trató muy mal á los dos enviados recordándoles el mal proceder de los Venezianos con el ejército frances y declarándoles que sabía muy bien cuales eran sus disposiciones secretas y sus proyectos; pero que estaba en disposicion de reprimirlos pues tenía un ejército en Lombardia que velaba sobre ellos. Se agrió bastante la conferencia y se tocó la cuestion de los suministros. Hasta entonces había estado proveyendo Venezia de víveres al ejército frances, y estaba autorizado Bonaparte á exigirlos al mismo tiempo que alimentaba al ejército austriaco, y pretendian ahora que una vez que se hallaba Bonaparte en los estados hereditarios, cesára de pedírselos á ellos. Pero de ningun modo era esta la

intencion del general, sino que se proponía no pedir nada á los habitantes del Austria para conciliarse su afecto. Los proveedores que estaban secretamente encargados por el gobierno veneciano de surtir al ejército, habian cesado los suministros y había sido preciso acudir á las requisiciones en los estados venecianos. No agradaba á Bonaparte aquel medio tan vicioso y que tanto grava al habitante dando lugar á horribles dilapidaciones, y así les propuso que le diesen un millon de francos al mes mientras durase aquella campaña que no podía ser larga, y que luego arreglasen sus cuentas con la república francesa, que les agradecería mas aquel millon, que todos los males sufridos por las requisiciones. Ademas les dijo, ustedes han estado alimentando á todos mis enemigos, y dándoles asilo, y así es justo que me concedan la recíproca. A esto respondieron los dos enviados que el tesoro estaba arruinado. — Pues si lo está, replicó Bonaparte, tomen ustedes dinero del tesoro del duque de Módena, que han ocultado con perjuicio de mis aliados los Modeneses; tómenlo tambien de las propiedades de los Ingleses, Rusos y Austriacos, y de todos mis enemigos que conservan en depósito. Separáronse unos y otros de mal humor, pero hubo otra entrevista al dia siguiente, en la cual ya mas sosegado Bonaparte renovó todas sus proposiciones, y

Pezaro no condescendió con alguna de ellas, prometiéndole únicamente informar al senado de todos sus pedidos. Entonces Bonaparte, cuya irritacion iba subiendo (de punto cogió á Pezaro por el brazo y le dijo: tenga usted entendido que le observo y adivino sus pensamientos y no ignoro lo que me preparan; pero cuidado conmigo porque si mientras estoy ocupado en una empresa lejana asesinan ustedes á mis enfermos, atacan mis depósitos, ó amenazan mi retirada habrán firmado su ruina. Lo que tal vez podría yo perdonar mientras permanezco en Italia, sería un crimen irremisible mientras que me encuentro comprometido en Austria. Si ustedes toman las armas, deciden ó mi pérdida ó la suya, y así médenlo bien y no espongan al Leon enfermizo de San Marcos contra la fortuna de un ejército que todavía encontraria en sus depósitos y hospitales con que atravesar las lagunas y acabar con todos ustedes. Aquel lenguaje enérgico asustó á los enviados venecianos sin convencerlos, los cuales escribieron inmediatamente el resultado de aquella conferencia, y al mismo tiempo (tampoco se descuidó Bonaparte en escribir á Kilmaine que redoblase su vigilancia, que castigase á los comandantes franceses si se escedian de los límites de la neutralidad y que desarmara á todos los montañeses y los paisanos.

Pero estaban tan adelantados los sucesos que era imposible detenerlos porque la insurreccion de Bergamo se habia verificado el 12 de marzo, la de Brescia el 17, la de Salo el 24 y ya el 28 hizo su revolucion la ciudad de Créma y las tropas francesas se encontraron comprometidas por necesidad. Presentose á las puertas de Créma un destacamento que precedia á la division de Victor que volvia de Lombardia y la sola vista de las tropas francesas no podia menos de aumentar el atrevimiento y esperanzas de los patriotas en aquel momento de fermentacion; pero el Podestá veneziano que estaba sumamente asustado reusó al principio la entrada á los Franceses aunque luego dejó entrar á 40 los cuales se apoderaron de las puertas de la ciudad y las abrieron para todos los demas Franceses que llegaban. Entonces se aprovecharon de aquella ocasion los patriotas, se insurreccionaron los habitantes y despidieron al podestá veneziano. Los Franceses no habian tomado aquel partido mas que por abrirse paso pero los patriotas se valieron de él para sublevarse, pues cuando la gente está dispuesta cualquier motivo basta y los sucesos mas involuntarios suelen tener resultados que aparecen como complicidad donde no hay semejante cosa. Esta fué la situacion de los Franceses á pesar de que no cabe la menor duda de que ellos deseaban individual-

mente la revolucion pero que ostensiblemente observaban neutralidad.

Escitados los paisanos y montañeses por los frailes y los agentes del senado de Venezia estaban inundando las campiñas, y ya iban desembarcando los regimientos Esclavones de las lagunas para dirigirse á la tierra firme contra las insurreccionadas. Habia dado Kilmaine sus órdenes y puesto en movimiento la legion Lombarda para desarmar á los paisanos, y aun se habian ya verificado algunas escaramuzas é incendiándose algunas aldeas, cogido y desarmado algunos aldeanos; pero tambien estos por su parte principiaban á saquear las ciudades y á degollar Franceses á quienes designaban con el nombre de Jacobinos, y no contentos con eso martirizaban de una manera horrible á los que encontraban aislados. Hicieron su contra-revolucion en Salo, pero á corto rato acudió un tropel de habitantes de Bergamo y Brescia apoyados por un destacamento de los Polacos de la legion Lombarda con ánimo de echar de allí á los montañeses. Algunos individuos que habian sido enviados para parlamentar fueron atraidos hácia la ciudad y degollados, el destacamento envuelto y batido y 200 polacos hechos prisioneros y remitidos á Venezia. Cogieron en Salo, en Verona y en todas las ciudades venezianas á los partidarios notorios de los Franceses y los encerraron

en las cárceles , en términos que animados los inquisidores de estado con aquella miserable ventaja , se mostraron dispuestos á ejercer crueles venganzas. Dícese que se prohibió limpiar el canal de Orfano que , como es notorio estaba , destinado á ahogar en él á los prisioneros de estado. En medio de todo el gobierno de Venezia procuraba engañar á Bonaparte con muestras de una condescendencia aparente , y concedió el millon mensual que habia pedido , sin que por eso cesara el asesinato de los Franceses en cualquiera parte donde los encontraban aislados. Ibase agravando demasiado la situacion , y Kilmaine envió nuevos correos á Bonaparte , el cual se encolerizó mucho al saber los combates de los montañeses , el suceso de Salo , la prision de los 200 polacos y de todos los partidarios de los Franceses y los asesinatos cometidos contra estos. Inmediatamente escribió una carta fulminante al senado en la cual recapitulaba todas sus quejas y pedia el desarme de los montañeses , la libertad de los presos , y encargó á Junot que la llevase el mismo y se la leyese al senado , dando al mismo tiempo orden á Lallemand para que saliese inmediatamente de Venezia declarando la guerra en caso de que no se accediese á todas aquellas demandas.

Durante aquel tiempo iba bajando á pasos de gigante de las alturas de los Alpes Noricos al va-

lle del mar , siendo la principal esperanza de aquella marcha temeraria la próxima entrada en campaña del ejército del Rhin y su inmediata llegada al Danubio. Pero recibió un pliego del directorio que le quitaba toda esperanza sobre este punto , porque era tal la escasez de la tesoreria que no podia suministrar al general Moreau algunos centenares de miles de francos indispensables para adquirir un equipage de puente , con que pasar el Rhin. Al ejército de Hoche que ocupaba los dos puentes y estaba pronto á marchar , no se atrevian á esponerle solo mientras que Moreau estaba del otro lado , exagerando tambien Carnot en su carta los retardos que habia de sufrir todavia la entrada en campaña de dos ejércitos , y privando de toda esperanza al general. Este se quedó aturdido con semejante carta porque tenia la imaginacion viva y pasaba con facilidad de la estrema confianza al mayor desaliento , llegando á persuadirse á que ó se proponia el directorio perder el ejército de Italia y á su general , ó que los demas reusaban ayudarle. Escribió una carta muy amarga sobre la conducta de los ejércitos del Rhin y dijo que jamas una línea de agua era un obstáculo suficiente , como lo habia demostrado el mismo , pues siempre se podia pasar un rio cuando habia buena voluntad de hacerlo , y algunas veces solia perderse la gloria por no aventurarla;

que él habia atravesado los Alpes con tres pies de nieve y de hielo, y si hubiera calculado como sus camaradas, jamas se habria atrevido á hacerlo; que si los soldados del Rhin dejaban solo y espuesto al ejército de Italia en Alemania, *era preciso que no tuviesen sangre en las venas*; y por último que si aquel valiente ejército quedaba abandonado, se replegaría, y la Europa seria juez entre él y los demas ejércitos de la república. Como todos los hombres apasionados y orgullosos, gustaba Bonaparte de quejarse y exagerar los motivos de sus quejas, pues por mas que digera, ni pensaba en retirarse ni tampoco en detenerse, sino en llenar de asombro al Austria con una marcha rápida y obligarla á aceptar la paz, cuyo proyecto era auxiliado por las circunstancias. Reinaba el terror en Viena y la corte estaba muy inclinada á transigir, como se lo aconsejaba el príncipe Carlos, aunque todavía resistía el ministerio, que estaba entregado á la Inglaterra. Eran tan moderadas las condiciones que se le habian dictado á Clarke ántes de las victorias de Arcole y de Rivoli que fácilmente podía conseguirse la adesion del Austria, no solo á todas ellas, sino tambien á otras mejores, y Bonaparte reunido con Joubert y Massena iba con 45 ó 50 mil hombres bajo sus órdenes, y con semejante masa no temia una batalla general por grande que fuese el poder del enemigo. Fundado

en todas estas razones, resolvió hacer una indicacion al príncipe Carlos, y si no respondia [á ella caer sobre él con ímpetu y darle un golpe tan pronto y fuerte que no pudiera resistir á sus ofertas. ¡ Que gloria para él si solo, y sin apoyo y trasportado al Austria por un camino tan extraordinario lograba imponer la paz al emperador!

Estaba el 31 de marzo en Klagenfurth al tiempo que Joubert concluía su movimiento por la izquierda, é iba á reunirse con él. Bernadotte á quien habia destacado para atravesar la calzada de la Carniola, se habia apoderado de Trieste, de las ricas minas de Idria y de los almacenes austriacos, é iba á llegar por Laibach y Klagenfurth. En aquel mismo dia escribió al príncipe Carlos una carta memorable diciéndole: « Señor general
« en gefe, los militares valientes hacen la guerra
« y desean la paz. ¿ No dura ya esta lucha despues
« de seis años, y no hemos matado bastante gente
« ni causado bastantes males á la triste humanidad?
« Esta reclama la paz de todas partes, y la Europa
« que habia tomado las armas contra la república
« francesa, las ha depuesto y así solo queda ya
« vuestra nacion; y sin embargo vá á correr la san-
« gre con mas abundancia que nunca. Esta sesta
« campaña se anuncia con presagios siniestros, y
« cualquiera que sea su éxito mataremos algunos

« miles de hombres de una y otra parte y al fin
« será necesario entenderse, porque todo tiene tér-
« mino en el mundo hasta las pasiones rencor-
« rosas.

« El directorio ejecutivo de la república france-
« sa habia significado á S. M. el emperador su de-
« seo de poner fin á la guerra que está asolando á
« los dos pueblos; pero se opuso á ello la inter-
« vencion de la corte de Londres. ¿No habria es-
« peranza de entendernos, y hemos de continuar
« degollándonos por los intereses y pasiones de una
« nacion á quien no alcanzan los males de la guer-
« ra? Vos, señor general en jefe, que por vuestro
« nacimiento estais tan cerca del trono y sois tan
« superior á las mezquinas pasiones que frecuen-
« temente animan á los ministros y á los gobier-
« nos, ¿estais decidido á merecer el título de bien-
« hechor de toda la humanidad y de verdadero
« salvador de la Alemania? No creais, señor gene-
« ral en jefe, que con esto quiero dar á entender
« que no sea posible salvarla por la fuerza de las
« armas, sino que aun en la suposicion de que os
« sean favorables los sucesos de la guerra, no por
« eso dejaria de quedar arrasado el pais. Por lo
« que hace á mí, señor general, si esta insinuacion
« que tengo el honor de haceros puede salvar la
« vida á un solo hombre, me tendré por mas fe-
« liz con esta corona cívica que creeré haber me-

« recido, que con toda la triste gloria que pudie-
« ran darme los sucesos militares.»

No podia el archiduque Carlos aceptar aquella
apertura porque todavia no habia tomado deter-
minacion el consejo áulico; pero en aquel mo-
mento se estaban embarcando en Viena los mue-
bles y papeles mas preciosos de la corona, por el
Danubio y se enviaban á Hungria los jóvenes ar-
chiduques y archiduquesas, preparándose la cor-
te á evacuar la capital en caso apurado. Respon-
dió el archiduque al general Bonaparte diciéndole
que deseaba la paz tanto como él, pero que no
tenia facultades para tratar de ella y era necesario
dirigirse directamente á Viena. Con esto avanzó
Bonaparte el primero de abril por entre las mon-
tañas de la Carinthia y persiguió y arrolló la re-
taguardia enemiga en San Weith y en Freisach, y
en la tarde de aquel mismo dia encontró al ar-
chiduque, que habia tomado posicion delante de
las estrechas gargantas de Neumarck con los res-
tos de su ejército del Frioul y con cuatro divisio-
nes llegadas del Rhin que eran las de Kaim ¹¹,
Mercantin ¹², el príncipe de Orange y la reserva
de granaderos. Trabóse un combate furioso en
aquellas gargantas, quedando tambien todo el ho-
nor de él á Massena, y los soldados del Rhin de-
safiaron á los antiguos soldados del ejército de Ita-
lia sobre quien avanzaria mas pronto y mas lejos,

en términos que despues de una accion encarnizada, en que el archiduque perdió 3,000 hombres en el campo de batalla y 1,200 prisioneros, todo fue arrollado á la bayoneta y vencidas las gargantas. Al dia siguiente marchó Bonaparte sin descanso desde Neumark á Unzmark, entre cuyos dos púntos venia á parar el camino transversal que unia la gran calzada del Tirol á la de la Carinthia por donde llegaba Kerpen perseguido por Joubert. Queriendo el archiduque tener tiempo para reunir consigo á Kerpen, propuso una suspension de armas, con el fin, segun decian, de tomar en consideracion la carta del 31 de marzo. Respondió Bonaparte que no obstaba el negociar para batirse y continuó su camino. Al dia siguiente 3 de abril dió todavia otro violento combate en Unzmark donde hizo 1,500 prisioneros, entró en Knitelfeld y ya no encontró obstáculo alguno hasta Leoben, donde entró la vanguardia el dia 7 de abril. Kerpen habia hecho un rodeo inmenso para reunirse con el archiduque, y Jourdan se habia dado la mano con el ejército principal.

El dia mismo en que Bonaparte entraba en Leoben, llegaron al cuartel general el teniente general Bellegarde gefe de estado mayor del principe Carlos, y el general mayor Merfeld, en nombre del emperador que se habia intimidado con la rápida marcha de los Franceses y solicitaba una sus-

pension de armas, por diez dias. Bien conocia Bonaparte que una tal suspension daba al archiduque tiempo para recibir sus últimos refuerzos del Rhin, reponer todas las partes de su ejército y tomar aliento, pero el mismo tenia gran necesidad de él y ganaba la ventaja de reunir á Bernadotte y Joubert, fuera de que tenia por sincero el deseo de negociar, y así concedió cinco dias de suspension de armas para dar tiempo de llegar á los plenipotenciarios y firmar los preliminares. Firmóse el convenio el dia 7 de abril y debia terminar precisamente el 12; y así estableció su cuartel general en Leöben y dirigió la vanguardia de Massena sobre el Simmering, que es la última altura de los Alpes Noricos á 25 leguas de Viena, de donde se alcanzan á ver los campanarios de aquella capital. Empleó aquellos cinco dias en descansar y reunir sus columnas, é hizo una proclama á los habitantes para tranquilizarlos acerca de sus intenciones, uniformando los hechos con las palabras, pues no permitió que el ejército tomase nada sin pagarlo.

Aguardó Bonaparte el término de aquellos cinco dias muy dispuesto á dar otro golpe que aumentase el terror de la corte imperial si todavia no estaba bastante asustada; pero todo se preparaba en Viena para poner fin á aquella lucha larga y cruel que habia durado seis años y hecho